

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA
Y VETERINARIA



Homenaje al Dr. Ramón J. Cárcano

CONFERENCIA

del Académico de Número Ing. Agr. José M. Bustillo

SESION PUBLICA DEL 19 DE JUNIO DE 1956



PRESIDENCIA
BIBLIOTECA

BUENOS AIRES

1957

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires - Arenales 1678

★ ★ ★

MESA DIRECTIVA

Presidente Dr. Joaquín S. de Anchorena
Vicepresidente Ing. Agr. Miguel F. Casares
Secretario General .. Dr. José Rafael Serres
Secretario de Actas .. Dr. Daniel Inchausti
Tesorero Ing. Agr. Saturnino Zemborain

★ ★ ★

ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Anchorena, Joaquín S. de
Dr. Arena, Andrés R.
Ing. Agr. Aubone, Guillermo R.
Ing. Agr. Brunini, Vicente R.
Ing. Agr. Bustillo, José María
Dr. Cabrera, Angel
Dr. Candiotti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Ing. Agr. Foulon, Luis A.
Dr. Giusti, Leopoldo
Dr. Inchausti, Daniel
Dr. Le Breton, Tomás A.
Ing. Agr. Lizer y Trelles, Carlos A.
Gral. Dr. Morales Bustamante, José
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio
Dr. Quiroga, Santiago S.
Dr. Rosenbusch, Francisco
Dr. Schang, Pedro J.
Dr. Serres, José Rafael
Dr. Solanet, Emilio
Dr. Zanolli, César
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino

DR. RAMON J. CARCANO
HOMENAJE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE
AGRONOMIA Y VETERINARIA

Sesión Pública del día 19 de junio de 1956
Conferencia del Académico Titular
Ing. Agr. José M. Bustillo

Se ha cumplido una década del fallecimiento del Dr. Ramón J. Cárcano, que desde 1909 ha integrado esta Academia. Su deceso ocurrió en los días iniciales de la tiranía, cuyo anhelo final no le fué dado presenciar. Esa tiranía, que todo conculcó, ha empañado los prestigios del país que fueron para el Dr. Cárcano, tanto como para todos los dignos ciudadanos, motivos de constante vigilancia. Ahí están sus fecundas y múltiples actividades públicas é intelectuales, demostrándolo con elocuencia.

Pocas personalidades iniciaron su vida cívica con más brillo en tan temprana juventud. A los 19 años de edad dirige en su ciudad natal un periódico de firme orientación liberal. Al poco tiempo se gradúa en derecho, con una tesis sostenida con criterio civil, que combatida con severidad religiosa, despierta vasta y enconada discusión.

Nada encontramos en la vida del Dr. Cárcano que lo señale como renunciando a hogareñas tradiciones católicas. Este joven, mentalmente lúcido, atrajo a su alrededor a toda la juventud provinciana ansiosa de gravitar en las orientaciones políticas, en un momento de trascendentales renovaciones gubernativas. No había terminado aún el proceso de la reorganización nacional iniciado con Caseros.

Ministro de Educación de la Provincia de Córdoba,

funcionario de jerarquía nacional, candidato a la presidencia de la República cuando aún no había cumplido 30 años, deja documentada en libros y folletos que hoy son de consulta, su actuación en esos cargos y que siempre se leerán con provecho.

No me corresponde desde esta tribuna ocuparme de esos aspectos de su personalidad. Otros lo han hecho ya y otros aún lo harán, con más títulos, con más eficacia, y con más autoridad que yo. Me limitaré a destacar sus actuaciones en las actividades agropecuarias, tanto prácticas, como en las científicas.

Debo también explicar por qué ocupo esta tribuna. Aquí, en esta Academia, hay sabios, profesores altamente calificados en los centros científicos, más dignos de rendir este homenaje, que debiera ser de verdadera significación intelectual. Pero se me ha elegido para este acto, porque he tenido alguna vinculación personal con Don Ramón, especialmente en los últimos años de su vida. Ausente su hijo Miguel Angel en el extranjero, en funciones diplomáticas, al Dr. Cárcano siempre tan efectivo, le parecía sin duda que algo le dejaba su hijo: la amistad de sus amigos, y por cierto que sabía allanar cordialmente la reverente frontera que separa las generaciones.

En la intimidad.

Algo conozco también de su vida de hogar. En mis reminiscencias juveniles, mocito de salón, aparece su señora doña Ana Zumarán con distinción, belleza y bondad, sentada sonriente al piano, dirigiendo el concierto familiar en compañía de sus hijos. Se explica así como en Don Ramón, glorioso espectador de estas escenas familiares, no le alterasen su señorío las triquiñuelas amargas de la política, con ese regocijo en su corazón. Su familia le era, pues, escudo protector contra malévolos dardos que a veces arroja la lucha cívica de subalternas inculturas.

Con afectuosa acogida me hizo ingresar en la mesa redonda de los miércoles, cenáculo de amigos de todas edades, sin color de ideologías, interesados en diversas manifestaciones de la cultura. La presidía el Dr. Cárcano con proverbial tacto, haciendo hablar a cada uno según su especialidad y en la oportunidad que correspondía al tema público de interés.

Era agradable escucharle disertar con naturalidad sobre acontecimientos del pasado. La muerte le ahorró la enorme contrariedad de comprobar la barbarie que significó el incendio de Jockey Club, cuyo edificio se inició justamente durante la presidencia del Dr. Juárez Celman, duramente combatida por la política, pero no se le puede negar su impulso progresista. Esta misma mesa está hoy presidida con toda simpatía por el Dr. Eduardo Crespo, quien sucedió al Dr. Leopoldo Melo. Ambos mantuvieron la cordial tradición.

Lamento siempre mi imprevisión de no haber anotado conversaciones útiles e instructivas. Me interesaba conocer especialmente un período de nuestra historia del que se ha hablado bastante, mucho se ha prejuzgado y poco se ha esclarecido. Tal vez se le deba al Dr. Cárcano, por su larga y fecunda vida, una futura revisión histórica, a realizarse serena y ecuanimemente, de la que resulten rectificaciones sobre personas víctimas de severos juicios, soportados con dignidad a la espera de que, colmadas las pasiones, se permita el examen imparcial de los acontecimientos en que intervinieron.

El Gral. Roca y su visión rural.

Resultaba un privilegio escuchar su opinión sobre hombres de histórica actuación, que había conocido íntimamente. Recuerdo que cierta vez me decidí a despejar una duda común en hombres de mi generación, novicios ciudadanos admiradores de Pellegrini. Sabíamos, le dije al Dr. Cárcano, que el Gral. Roca fué un estadista, experto militar y sagaz político, pero no lo creíamos como, lo que podría llamarse, un intelectual, sin duda porque no prodigaba sus discursos, ni hacía declaraciones verbales tan en boga en los últimos años. Admirábamos su obra, pero no conocíamos el metal de su voz.

Tenía, sí —me dijo el Dr. Cárcano— cultura intelectual; ha quedado grabado en mis recuerdos —agregó— una elocuente disertación improvisada y espontánea, que nos hizo casi al final de su primera presidencia. Fuimos invitados a la Estancia San Jacinto, en Mercedes, de Don Saturnino Unzué. La estaba poblando sin sobresaltos, ya libre de males. Se encontraba presente también el Dr. Juárez Celman,

entonces candidato presidencial, a quien la adversidad impidió completar su progresista plan de gobierno.

Se habló de perspectivas rurales, y el Gral., preocupado como estaba en la población del desierto conquistado por sus armas, expuso con toda sencillez, durante más de una hora, el panorama de la situación y el porvenir que preveía, en términos tan precisos, conceptos tan claros y con voz tan agradable, que todos quedamos pendientes de sus labios. Evocó la campaña, sus meditaciones en la tienda militar, para librar cuanto antes a la civilización esas tierras feraces que el indio retenía. No dudaba que recuperadas, intensificando la inmigración y facilitando el transporte, el hombre de empresa, trabajando con fe se enriquecería, engrandeciendo al país, que tiene en su suelo la base fecunda de una economía sin rival en el mundo, si se acierta en una organización que consulte los resultados de la experiencia y los descubrimientos de la ciencia. Fué, en aquel momento, un brillante programa de acción agraria.

El Gral. Roca conquistó el desierto en vísperas de su presidencia. Al final de la segunda fundó, con el Ministro Escalante, el Instituto Superior de Agronomía y Veterinaria. Ese día que Roca y Cárcano almorzaban en una estancia, recién liberada de los indios, no se imaginaría que 25 años después, ambos serían delegados al Consejo Superior de la Universidad por la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

El fundador de estancias.

Esta escena posiblemente no tendrá relación, pero es una coincidencia, que en 1886 el Dr. Cárcano fundara su estancia "Ana María" a orillas del Río Tercero. Adquirió el campo a la Compañía de Tierras del Ferrocarril Central Argentino, que buscaba desesperadamente compradores para financiar sus contratos de construcción. El precio de 12 pesos la hectárea, pagaderos en cinco anualidades, sin interés, demostró que no se necesitaba ser rico para iniciarse estanciero. Bastaba tener energía para trabajar, y confianza en el país. Es común en hombres de intensa actividad pública, tratar de buscar en el campo la tranquilidad que restablezca sus energías agotadas, porque sin dejar de trabajar, el cambio de tareas es siempre un descanso, con mucha más razón cuando la política, con sus realidades, trae duros

desengaños, mucho más intensos, si se presentan inesperadamente en la edad de las ilusiones.

Y dice Cárcano al retirarse de la vida política después de su histórica renuncia a la candidatura presidencial: “me retiro en absoluto de todo contacto político, y me voy a trabajar en las faenas del campo. Resuelvo ser sin amarguras, el único obrero de mi propia patria. Busco la soledad y el silencio, no como un arrepentimiento, sino como un reposo moral. Me alejo de los hombres a quienes no quiero ni puedo golpear, dueño de mi voluntad soberana, reflexivo y ecuánime. Opongo la ausencia deliberada, llena de alta y firme serenidad, y esa es mi victoria, que nadie me disputa”. Le seduce el trabajo rural, pero no abandonará sus estudios predilectos. “En el fondo de toda alma argentina —dice— hay un estanciero, sigo con profunda fe la tendencia nativa”.

Su raíz campesina.

Los recuerdos infantiles de la estancia de sus mayores iluminan su espíritu, alejando las sombras amargas de las desilusiones. Las tres estancias de su abuelo materno, Marcos César, que le enseñó a leer y escribir a la luz de la modesta lámpara de la trastienda del negocio, se llaman “Corral de Arte”, “Alto Grande”, y la “Quinta”, ya alfaldada en 1870.

Su raíz campesina va más lejos aún, su bisabuelo Don José Clemente Oliva, casi centenario, conserva con autoridad y energía las riendas administrativas de su estancia “Chuñahuasi”. Original persona que usa invariablemente la misma indumentaria, propia de su patriarcal autoridad; galera de pelo y poncho. La misma vestimenta con que Urquiza entró triunfalmente en Buenos Aires después de Caseros, simbolizando la unión de la ciudad con el campo. La estancia de Oliva es un baluarte de sus convicciones federalistas y de su admiración por Rosas, principalmente por ser estanciero, opinión no compartida por sus descendientes. Sus peones uniformados con botas y ponchos colorados, cuando enganchan la lujosa sopanda, en viaje a la ciudad, que resulta toda una arriesgada expedición y donde las damas a veces de tres generaciones tenían que rezar el Rosario en los trechos angustiosos del accidentado camino.

En el casco de la estancia, un caserón para alojar a la

numerosa familia, con huerta, chacra con riego, galpones, iglesia, y hasta un cementerio, porque en aquellos días los muertos se enterraban cerca del hogar para recibir constantemente la plegaria de los suyos. Así también, en la Capilla de la estancia descansan los restos de Ramón Cárcano y de su esposa Ana Zumarán. Lo dispusieron así pensando tal vez, que fué allí intensa y cálida la vida familiar, sin nubes y nutrida de esperanzas.

El productor progresista.

Se instala el Dr. Cárcano recogiendo las enseñanzas de la historia. Un guerrero en sus partes de batalla había mencionado la bondad de esos pastoreos. No se puede concebir al Dr. Cárcano como estanciero, haciendo servilmente hoy, lo que se hizo ayer o se hará mañana. El hará lo que signifique algún progreso, aun cuando se equivoque, pero no será esclavo de la rutina. "La estancia —dice— es para mí, taller de trabajo, centro de estudios y de cultura".

Director de Correos.

Así como aceptó la dirección de Correos sin conocer una palabra del asunto, según su propia manifestación, con la condición de que se le dieran algunos días para informarse, plazo en el cual leyó libros, folletos y organizaciones europeas, recibiendo opiniones de expertos nacionales y extranjeros, y de tal modo se preparó que el ministro Wilde pudo decir: "presento al nuevo Director de Correos y Telégrafos, que sabe más de la materia que cualquiera de nosotros; lo que él atare o desatare en la tierra, será atado y desatado en el Cielo".

El tono travieso del discurso de este ministro, que ni en las solemnidades oficiales le abandonaba su espíritu picaresco, resquemó la susceptibilidad del joven provinciano que no tenía todavía experiencia para comprender que la broma de un ministro no es siempre menosprecio, sino libertad de confianza, propia de la estima. Fueron después grandes amigos que salían al finalizar sus tareas a pasear por Palermo y conversar espiritualmente de los aspectos risueños de la vida gubernativa. La organización moderna del Correo, iniciada entonces, es la que aún persiste, y la casa que ocupa actualmente se proyectó y se inició bajo su previsora gestión.

En Alfort, con el Prof. Vallée.

Con ese espíritu ansioso de saber, lee cuantos libros de aplicación a las tareas rurales caen en sus manos. Consulta por escrito a quienes puedan aclararle las cosas que observa. Su viaje a Europa realizado en 1892, y otros, no son únicamente de paseo, sino principalmente de estudio. Visita institutos de experimentación, y en la Escuela de Alfort asiste a un ciclo de conferencias sobre la tuberculosis bovina dictado por el profesor Vallée, prologando después el texto de la edición española.

Diputado nacional en 1910, presenta un proyecto declarando a la tuberculosis bovina vicio redhibitorio. Este profesor Vallée vino algunos años después al país, invitado por las autoridades de la Sociedad Rural Argentina, en momentos en que se intentaba en Inglaterra cerrar la entrada a la carnes argentinas, acusadas de ser trasmisoras de la fiebre aftosa.

Al profesor Vallée visité personalmente en 1925, para consultarle sobre un proyecto tendiente a conseguir mercado francés para la carne argentina, mestizada con la raza francesa Charolaise de magnífica producción y fácilmente adaptable a nuestro suelo, proyecto que previamente hice conocer al entonces embajador Alvear y al Decano Cárcano. Los granjeros franceses hubieran valorizado enormemente sus reproductores con la exportación. En París fuí invitado a un almuerzo para exponer la idea al ministro de Agricultura y a los presidentes de comisiones de agricultura del Senado y Diputados. El asunto se habría considerado seguramente si no se hubiese producido la caída del ministro Tardieu. Aquí tampoco habría marchado, seguramente resistido por los que nunca tienen interés en abrir otros mercados.

En su viaje, el Dr. Cárcano se puso en contacto con profesores, interesándolos por los problemas de la sanidad argentina. Algunos nos visitaron, y los profesores Lignières y Even se radicaron definitivamente, aportando valiosos elementos de mejoramiento técnico veterinario. Fué el Dr. Cárcano el primero que se ocupó de introducir la vacuna contra el carbunelo en el país.

Actualizada su información, reanudó sus tareas rurales con el entusiasmo que le era característico. Roturó campos, utilizando la maquinaria que entonces pudo procurarse, tra-

tando de convertir la tierra virgen en praderas artificiales. Ya de niño había tenido la oportunidad de presenciar durante la presidencia del Doctor Avellaneda, la exposición agrícola y ganadera organizada por la Sociedad Rural Argentina en Córdoba, con motivo de la llegada del ferrocarril a esa ciudad. Ese día, máquinas y tractores a vapor, alineados en el terreno de ensayo, iniciaron su marcha embanderados, y ahogando a veces, con el ruido infernal de esa maquinaria troglodita, los acordes del himno nacional. La mecanización desgraciadamente no se ha desarrollado en el país con el impulso que aconsejaba la ciencia, la experiencia universal y el entusiasmo de los productores progresistas.

En el mejoramiento de ganados.

También el Dr. Cárcano puso empeño en mejorar la hacienda. Le pareció que se facilitaría la comercialización de la raza Shorthorn, entonces principalmente dominante, mestizando con Polled Durham, raza sin cuernos. Importó algunos ejemplares, y tuvo la mala suerte que el toro "Gran Víctor" que traía le fué sacrificada en el vapor "Prince". Fué también fundador de la Asociación de Criadores de esta raza, presidida por el señor José Fajes, e integrada por estancieros de importancia.

Para difundir las ventajas de esta raza publicó un interesante folleto sobre sus orígenes y condiciones, precedido de histórico relato que abarca los más remotos tiempos, tanto de Europa como en Asia. Para convencer de la posibilidad zootécnica de incorporar sus caracteres, desarrolla observaciones de Darwin sobre la fijación por herencia, de factores morfológicos del individuo, aún si son obtenidos artificialmente. Cita como ejemplo a la extinguida raza ñata del Río de la Plata, de frente ancha y deprimida, narices levantadas, la mandíbula inferior sobresaliente sobre la superior, esta sin labios dejando ver los dientes. Según su opinión, esta particularidad se originó por la primitiva costumbre de los indios de señalar el ganado suprimiéndoles el cartílago nasal. Esta raza, transformación artificial de la introducida por los conquistadores, se extinguió completamente por circunstancias ambientales y por la intensiva mestización con razas europeas.

La Sociedad Rural conserva fotografías de tres ejem-

plares presentados por el señor Gibson, del Tuyú, en la primera exposición realizada en Buenos Aires después de la caída de Rosas. También en el parque del Museo Criollo "Ricardo Güiraldes", en San Antonio de Areco, tenían hasta 1943 un toro y tres vacas que fueron donados por el señor Saturnino Unzué; no sé si se conservan aún, y si se han reproducido.

Posiblemente no entraban en los cálculos del Dr. Cárcano, en su afán por el perfeccionamiento, el aspecto comercial inmediato. Ya lo había dicho: "amo más las Eglogas de Virgilio, que las riquezas de Crespo". El establecimiento "Ana María" se acreditaba como empresa de progreso rural. Lo visitaron vecinos, y no faltaban escuelas que venían desde Córdoba, a quienes el Dr. Cárcano recibía con predilección, dándoles a los pequeños alumnos sencillas y simpáticas explicaciones.

Orientador de principiantes.

Cerca de Villa María, en Tío Pujio, dos veteranos de la política estaban instalando un pequeño establecimiento rural. Nada de latifundio —decían— solamente intensificación científica. Eran los doctores Juan B. Justo y Nicolás Repetto. El primero había declarado en alguna oportunidad, que no había capital más puro que el procedente de la tierra, trabajada con ahínco. Les interesaba adquirir un toro, y anunciaron su visita. El Dr. Cárcano, siempre elegante, les esperó con impecable indumentaria de estanciero. En el corral, los toros destinados a la venta. Elijan —les dijo. Los noveles estancieros, con ojo clínico para diagnosticar enfermedades humanas y aún sociales, no lo tenían para elegir reproductores, y por aquella inclinación a los humildes señalaron uno, de mirada inteligente, pero escuálido y desgarrado. No' les conviene, les dijo el Dr. Cárcano en perjuicio de su negocio, y les separó el mejor del lote.

Ese día coincidieron zootécnicamente la oligarquía y la revolución social en elegir un toro, y para evitar agresividades, lo eligieron sin cuernos. No hay como la buena vecindad del campo y la cultura para que sea posible la amistad, aún entre las más dispares ideologías.

En la S. R. A. y en el Congreso Nacional.

En 1901, miembro de la Sociedad Rural Argentina, el

Dr. Cárcano tuvo actuación activa en la incorporación de los registros genealógicos a la Institución, lo que tantos beneficios originó en la selección de las razas, y que fueron donados generosamente por los progresistas estancieros Vicente Casares, Manuel Aguirre, Leonardo Pereyra Iraola, Martínez de Hoz y Domingo Frías. Registros que la tiranía intentó apoderarse en 1946 en represalia, provocando la renuncia de la Comisión Directiva.

Su entusiasmo por el campo, sus anhelos de investigación, le llevaban su tiempo, pero no le impedían, sino que más bien le estimulaban en sus preocupaciones y estudios que reclamaba su inquieta mentalidad. En los mandatos de diputado que ejerció, más que la política le interesaban las iniciativas orgánicas, y especialmente las que se relacionaban con la producción, siendo autor de proyectos sobre defensa agrícola, sanidad animal, creación de escuelas rurales y chacras experimentales, presentadas con conceptuosos fundamentos, y que luego se convertían en leyes.

Gobernador de Córdoba.

El advenimiento de Sáenz Peña, con su programa de reformas, reanimó su civismo y le decidió aceptar la candidatura a Gobernador de Córdoba en 1912. Fué la primera que se realizó bajo la nueva ley electoral, aceptando con estas palabras dirigidas a los vecinos de Villa María cuando proclamaron su candidatura: "Vosotros me conocéis. Es mi vida entera, la que ofrezco en garantía. Sois mi testigo y mi fiscal, podéis ser mi juez". Terminado el acto electoral, dijo: "la campaña política no tuvo entrañas, se renuevan con crueldad todas las calumnias e injurias que en otra hora fuí víctima. Necesitaba saber si mi provincia, que me conocía de cerca, permanecía impermeable a la impostura y la mentira. Sólo podía conocerla por el voto libre. El triunfo electoral en Córdoba es eso para mí, un gran triunfo político y moral".

En charla amistosa con el Presidente Sáenz Peña y su Ministro Gómez, les hizo conocer fallas de procedimiento y desmanes del proselitismo. La injuria y la propaganda difamatoria —decía— han sido horribles. La ley no tiene nada eficaz para evitarlas. Sin embargo no llevó al gobierno ni

asperezas ni enconos, olvidando los ataques. Elejido por su partido, gobernó para todos.

Terminado su gobierno, pundonoroso, ajustado a la Constitución y a las realidades sociales y económicas, fiel a sus severos principios de prescindencia electoral, entregó el gobierno al adversario. No hay que contar nunca en las democracias primarias con la gratitud del civismo. No olvidó en el ejercicio de su mandato las necesidades de la producción, y se preocupó de organizar escuelas rurales, dando también gran impulso a la vialidad, indispensable para el eficaz desenvolvimiento agrícola-ganadero.

Hemos visto someramente la vida del Dr. Cárcano como estanciero, esforzándose sin desalientos en ser progresista en un ambiente no siempre alentador. Lo veremos actuar ahora en los estudios superiores, es decir, como universitario. Lo había sido ya antes como profesor y consejero en otras disciplinas, pero no en las relacionadas con la agricultura y la ganadería.

En la Fac. de Agronomía y Veterinaria.

Le corresponde gran parte de la iniciativa y de la realización, para incorporar la Facultad de Agronomía y Veterinaria a la Universidad, hasta entonces simple dependencia del Ministerio de Agricultura. Se puede afirmar que el Dr. Cárcano vió nacer a la Facultad de Agronomía y Veterinaria. En 1907, durante el decanato del Dr. Arata, desempeña le vice-decanía. Los estudios estaban en plena organización y todo había que improvisarlo con limitados recursos.

El Dr. Arata, para alentar a los primeros ingresados, tuvo que decirles: "la escuela de la pobreza en una gran escuela". El Dr. Arata, sabio, bondadoso y eficiente, ha dejado en los espíritus el dulce recuerdo de un padre ejemplar, en ese hogar espiritual. Entre los profesores, muchos de ellos contratados en el extranjero sin conocer el idioma, y los alumnos, no había nunca conflictos. Sin mayores elementos, todo se arreglaba con la capacidad para enseñar y la voluntad de aprender. En el restaurant se formaban distintas mesas de alumnos amigos, a las cuales eran invitados los profesores en franca camaradería. Tanto el Dr. Schatz como los doctores Anchorena y Cárcano, que no eran profesio-

nales de veterinaria ni de agronomía, siempre fomentaron y estimularon esa orientación inicial.

En la Enseñanza Agrícola.

En sus actividades rurales, el Dr. Cárcano comprendió toda la importancia de la enseñanza rural. El Ministro de Agricultura Señor Exequiel Ramos Mejía de gran experiencia en el campo, como tradicional estanciero, emprendor y progresista, valorando la personalidad del Doctor Cárcano, lo nombró Presidente de la Comisión de Enseñanza Agrícola, integrada nada menos que por el Dr. Julio Mendez, el Dr. Angel Gallardo, el Dr. Florentino Ameghino y el Dr. Carlos Spegazzini. Todos ellos notables precursores de la ciencia argentina, cada uno en sus especialidades. En abril de 1907 se iniciaron los estudios, y en junio elevaron su informe con un proyecto, luego convertido en ley, estableciendo los tres ciclos para la enseñanza y sus estatutos, que aún perduran con pequeñas variantes.

Decano universitario.

En 1921 fué electo decano, bien compenetrado de las necesidades reales. Lo afirmó, diciendo: “la vida universitaria es la labor activa en las aulas, en los laboratorios, en los campos experimentales, y en la convivencia mental entre los profesores y alumnos, convivencia que se funda en la autoridad del que enseña y el respeto del que aprende. Vínculos así formados, se prolongan fuera del aula, y perduran en la vida”. La actividad de una Facultad — pensaba — no puede limitarse únicamente a expedir títulos de enseñanza, sino que debe también, aprovechando su organización, extender conocimientos accesibles a los que puedan utilizarlos prácticamente, y que sean acreedores a un certificado que así lo garantice.

Tomaba como modelo, a las universidades norteamericanas, que demostraban su eficiencia didáctica. Le tocó actuar en pleno período de la reforma universitaria, cuyas ulteriores y agitaciones en los medios estudiantiles se prolongan hasta nuestros días.

El Dr. Cárcano, con su tacto, diplomacia y autoridad, salvó todos los obstáculos, y no tuvo conflictos, aún emitiendo opiniones no compartidas por determinadas y activas

tendencias. Pensaba que la opinión de los alumnos debe tener su representación en los Consejos Universitarios, porque no puede negarse que quienes desean aprender, saben también quiénes pueden enseñar. Pero la Universidad debe ser gobernada por la experiencia, y por los que tienen acreditada capacidad para orientar su enseñanza.

Al reglamentar la organización del Centro de Estudiantes incluyó esta cláusula: "El Centro de Estudiantes funcionará en el local de la Facultad, y no podrá ocuparse en ninguna forma de cuestiones que se refieren a la política o a la religión." En su informe anual dijo el Decano: "El Centro de Estudiantes, con personería reconocida por las reformas del año 1918, ha usado con discreción su derecho electoral. Ha sido un factor de orden, de iniciativas útiles y justas, estímulo y garantía del prestigio de los altos estudios. Ha desenvuelto una acción de colaboración y no pretensiones de "imperium".

En estos duros tiempos, en que las mentes juveniles están asediadas por las más variadas ideologías deseosas de conquistarlas, es más necesario que nunca ofrecerles el recuerdo de hombres que no se dejaron seducir por los halagos transitorios de la popularidad, y que elevaron su pensamiento y acción, convencidos de que la historia sólo consagra lo que positivamente influye en el progreso.

El contacto del Dr. Cárcano con ciencias positivas, su trato con profesores extranjeros animados puramente de la ambición de enseñar, y su propia experiencia política, le enseñaron el peligro de las orientaciones extremistas que hoy convulsionan el progreso social. La ciencia —decía— no tiene divisas, y hay que buscarlas en el manantial donde surja. Alentaba la amplitud de criterio, diciendo: "la exageración del espíritu de gremio en una asfixia, y el exceso de nacionalismo es una parálisis".

El Dr. Cárcano fué el último decano que no era profesional de las enseñanzas de la Facultad, pero hizo todo lo posible para enaltecer esas profesiones. De su gestión pudieron decir los doctores Leopoldo Giusti, Daniel Inchausti é Ingeniero Carlos Lizer y Trelles, tres egresados que honraron el decanato y el profesorado con su actuación, en un estudio sobre la organización de la Facultad, "que el Dr. Cárcano, en sus tres años de gobierno, creó un ambiente de amplia comprensión dentro de la casa, dando al cuerpo do-

cente la sensación de su propio valer, y tomando resoluciones previa consulta, y de acuerdo con el sentir de los profesores. Y cuando llegó el momento, dentro de su prescindencia, fué decidido partidario en la elección de uno de ellos como sucesor.

El Dr. Cárcano continuó un año más en el Consejo Superior como delegado de la Facultad, ejerciendo, con positivas realizaciones de interés agrario, docente y de tonificación de la producción. Luego fué nuevamente electo Gobernador de Córdoba de 1925 a 1928. Retirado de la vida pública, se dedicó con entusiasmo a la investigación histórica y a la difusión de la cultura, publicando libros, bien recibidos por los estudiosos. Nadie puede decir dónde fué más eficiente e inspirada su actuación, si en el desempeño de cargos públicos o en su mesa de trabajo intelectual. Lo que sí puede decirse, es que fueron grandes y eminentes sus servicios a la cultura y al progreso social.

La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria ha querido asociarse a los homenajes que en este aniversario se tributan a su esclarecida memoria. La vida pública del Dr. Cárcano, iniciada con juvenil brillo y terminada con austera y admirable ancianidad, estuvo a través de todas las vicisitudes, dedicada sin desfallecimientos, a la noble tarea de velar infatigablemente por el progreso nacional, y al cerrar los ojos pudo pensar “que una vida bella, es un pensamiento juvenil, no abandonado en la edad madura, y contemplado lúcidamente en la vejez”.